MINISTROS DEL EVANGELIO

+ Luis Cabrera Herrera, ofm

Celebramos la fiesta de San Juan María Vianney, popularmente conocido como el Santo cura de Ars, quien, en su vida sacerdotal, reflejó la misericordia infinita de Dios en cuantos recurrían a él buscando el perdón, la paz y la esperanza. Una fiesta que se llena de luz, gratitud y alegría con la ordenación de estos diáconos y un presbítero.

San Pablo, en la segunda carta a los Corintios, nos recuerda que, "por la misericordia de Dios, estamos encargados del ministerio de la predicación"; encargo que nos compromete a predicar a Jesucristo y no a nosotros mismos, como también a presentarnos como servidores de los demás. (Cfr. 2Cor 4, 1-2. 5-7)

La misericordia o el amor incondicional de Dios, de este modo, nos ha constituido en ministros del evangelio y en servidores de los hermanos. Pero ¿cómo ejercer este encargo de Jesús?

a) Ministros

Las palabras "ministerio" y "servicio", como bien sabemos, son sinónimos, igual que el término griego "diakonía" significa servicio. Por esta razón, todo lo que hagamos o digamos tiene un solo propósito: ***servir*** a Dios y al prójimo.

Jesús, con su vida y palabra, nos enseña que "no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos". (Mt 20, 27-28). En otra oportunidad, igualmente, dice a sus discípulos: "el que quiera ser grande que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga servidor de todos". (Mc 9, 35); y, antes de despedirse, les recuerda: "ustedes me llaman Maestro y Señor; y tienen razón, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les lavé los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros". (Jn 13, 13-15). Estamos llamados entonces a "lavar los pies" como Jesús y no a "lavarnos las manos" como Poncio Pilato.

El Papa Emérito Benedicto XVI, comentando estos pasajes de la vida de Jesús, afirma que servir no es buscar "preferencias ni prioridades", sino ponerse a la disposición del otro; "todos los trabajos pastorales y administrativos en la Iglesia, concluye, son servicios y no más". (Cfr. Benedicto XVI, Lectio divina, 10 de marzo de 2011)

Con estas enseñanzas de Jesús, debemos analizar y superar algunas actitudes contrarias y que están presentes en el mundo familiar, social, político e incluso religioso.

Entre ellas, encontramos ***el deseo de dominio***, que nos conduce a creernos señores, amos o superiores a los demás; y a dar órdenes a los que pensamos que son nuestros súbditos o inferiores.

Del mismo modo, esta presente ***el anhelo de prestigio,*** de fama o gloria, que nos impulsa a ser reconocidos, alabados y ensalzados; a buscar los pedestales para que la gente nos vea, nos aplauda, nos levante monumentos, galerías de fotografías; esta actitud nos lleva a ocupar los primeros puestos y a creernos más importantes que los demás, por el cargo que tenemos o la riqueza que poseemos. Nos encanta exhibirnos.

A estas dos actitudes, se suma ***el afán de privilegios***, prebendas o beneficios, ya sean económicos, sociales, políticos e incluso religiosos; nos cuesta seguir los procedimientos del común de los mortales y queremos que nos atiendan inmediatamente porque somos súper ocupados, como si los demás poco o nada tuvieran que hacer.

Estas grandes tentaciones están en nosotros que nos decimos servidores de Dios y de los hermanos; y si no estamos atentos, fácilmente sucumbimos en ellas. Por este motivo el Papa Francisco nos recuerda que el título más grande que él tiene es el de "Servus servorum": Siervo de los siervos; y que ¡el único poder de la Iglesia es servir y no más!

b) Del Evangelio

El Evangelio, para San Pablo, no es otro que Jesucristo. Pero ¿cómo evangelizar o re-evangelizar hoy? Las respuestas son numerosas y variadas.

En esta tarea evangelizadora, debemos superar algunos errores y tentaciones. Uno de los errores de base, que restan pasión, ingenio y fuerza para evangelizar, es "creer que ya estamos evangelizados". Ésta convicción equivocada parte de las estadísticas que hablan del 70 u 80 % de cristianos católicos, o también porque muchos de ellos han sido bautizados en la Iglesia, nacieron en familias cristianas católicas o viven en un ambiente social o cultural cristiano católico.

Además, a estos datos hay que añadir el hecho de que los domingos y días e fiesta se llenan nuestros templos; pero si nos fijamos bien, no pasa del 10% o 15% de los católicos que participan en las celebraciones. Por eso Jesús nos invita a levantar la mirada y a descubrir que la mies es abundante y los obreros pocos.

Pero no basta la recepción de los sacramentos para decir que estamos evangelizados; es necesario un encuentro personal y comunitario con Cristo resucitado. Sin esta experiencia profunda de su persona, nuestra fe es débil y sin mayor compromiso misionero.

En el anuncio del Evangelio, asimismo, debemos estar atentos al menos a dos tentaciones: el dualismo y el intelectualismo.

El dualismo separa realidades que están íntimamente unidas entre sí, como, por ejemplo, alma y cuerpo, oración y vida. De este modo terminamos o en un materialismo asfixiante sin ninguna relación con Dios o también en un espiritualismo alienante, desconectado de la vida. Es así cómo se genera un doble comportamiento: uno en el templo y otro en la familia o en los ambientes sociales, políticos o económicos. La fe en Cristo queda limitada al ámbito puramente individual e íntimo. Por este motivo, algunos gobernantes, que desconocen el valor de la fe en la vida ordinaria, pretenden reducirla al campo privado.

El intelectualismo, por su parte, se concentra única y exclusivamente en el conocimiento de las verdades y principios, como la esencia y existencia de Dios, la naturaleza de Jesús, las normas éticas, canónicas y litúrgicas, pero sin ninguna relación con la vida diaria. De este modo, separamos una vez más el saber del obrar, la teoría de la práctica, la ortodoxia –la recta doctrina- de la ortopraxis –el recto obrar.

El intelectualismo, además, conduce a la idea equivocada de que el conocimiento de Dios está reservado a unos pocos privilegiados - los teólogos o catequistas ilustrados-, y no a todos los seguidores de Jesús.

El conocimiento, por supuesto, no solo es importante, sino necesario. Sin embargo, el conocimiento -bíblico, teológico y pastoral- es inseparable del encuentro personal y eclesial con Jesucristo, el Padre y el Espíritu Santo. Si nos quedamos sólo en la teoría, no nos diferenciaríamos de un ateo, de un agnóstico o de alguien de otra religión que, por cultura general, conoce intelectualmente a Cristo pero que nada significa en su vida.

El ministerio del Evangelio, por consiguiente, no se reduce solo a una teoría sobre Jesucristo, sino al anuncio del resucitado, de la Palabra del Padre que nos llama a vivir en comunión con Él y con los demás hombres y mujeres, de Alguien que da sentido a nuestra vida. De aquí la necesidad, como discípulos misioneros, en todas las vocaciones, de buscar espacios y tiempos para estar a solas con Jesucristo y poder escucharle. Nuestra experiencia de Jesús será la mejor forma de evangelizar, sin dejar de lado una explicación clara, convincente y oportuna.

El ministerio del Evangelio nos lleva, también, a conocer, de una manera concreta, la situación geográfica, histórica y cultural de las personas a las que nos dirigimos. Esto lo logramos si aprendemos de Jesús a mirar a las personas con dedicación y respeto, a compadecernos y solidarizarnos con ellas y a orar

al Padre para que envíe más trabajadores a su mies, tal como nos recuerda el evangelio de esta mañana.

Queridos hermanos, amemos entrañablemente nuestra vocación de ministros del evangelio, de tal modo que, desechando las tentaciones del afán de dominio, de la manía de la gloria y del ansia de privilegios, anunciemos a Jesucristo con nuestra vida y palabra.

Guayaquil, 4 de agosto de 2018
Fiesta de San Juan María Vianney